

mo<sup>1</sup> que comienza así: *Cuando Israel salió de Egipto...*

El padre de familia dividía el segundo pan, en tantos pedazos cuantos convidados asistían á la cena, y lo bendecía diciendo: "Tal fué el pan de miseria que han comido nuestros abuelos en Egipto. Que quien tenga hambre venga y coma; que el indigente se aproxime y haga la Pascua. ¡Bendito sea Jehová que produce el pan de la tierra!"

Los convidados respondían: Amén.

El que presidía tomaba cada pedazo, lo envolvía en lechugas silvestres; lo mojaba en una especie de crema ó papilla llamada "Charoseth," compuesta de almendras cocidas en vino, con higos, nueces, zumo de limón y de aceitunas, y decía: "Bendito sea Jehová, Dios de nuestros padres que nos ha santificado por sus preceptos y nos ha prevenido que comamos el pan ázimo con yerbas amargas."

Cada convidado tomaba, entonces, uno de estos pedazos ó lo recibía directamente de mano del padre de familia.

Este, en seguida, pronunciaba sobre el cuerpo del cordero pascual la fórmula de la eucaristía judaica, en estos términos: "¡Bendito seas Jehová, Dios de nuestros padres, porque nos has santificado por tu ley y has dispuesto que comamos el cordero pascual! Esta es la pascua que comemos, en memoria de que el ángel exterminador pasó, sin herirlas, ante las casas de nuestros abuelos en tierra de Egipto."

Hecha la comida del cordero el padre de familia ofrecía á los convidados una tercera copa de vino y se rezaba después el himno de acción de gracias compuesto de los salmos CXV y CXVIII que comienzan: "*Credidi y Beati immaculati in via.*"

El Salvador hizo esta última pascua con sus discípulos, observando todos los ritos del ceremonial judaico.

Terminada la cena figurativa, una mucho más elevada iba á comenzar.

Aquella es el lazo de unión entre la ley antigua y la ley nueva de amor; es el prelude de la Eucaristía; es la preparación próxima é inmediata del más augusto y adorable de los misterios.

Por eso al comenzarla Jesús dijo: "He deseado

con el deseo más ardiente comer esta pascua con vosotros."

"No era, dice Bossuet, la pascua legal, que iba á concluir la que Jesús deseaba con tanto ardor comer con sus discípulos: la había frecuentemente celebrado y comido con ellos. Otra pascua hace aquí el objeto de sus deseos, como si hubiera dicho: He deseado ser yo mismo vuestra Pascua, ser el Cordero inmolado por vosotros, la víctima verdaderamente inmolada, verdaderamente comida."

"Entremos, pues, concluye Bossuet en las mismas disposiciones que tenía el Salvador. Si ha deseado con tantas ansias celebrar esta Pascua con nosotros, abriguemos el mismo deseo de celebrarla con él."

Esta Pascua es la Comunión.

Desea ser comido y hacerse de este modo nuestra víctima: séamos también la suya.

Si somos de Jesucristo, si recibimos su cuerpo adorable, crucifiquemos nuestra carne con sus vicios y concupiscencias.

Nuestra Pascua es estar unidos con él para pasar de esta vida á otra mejor, de los sentidos al espíritu, del mundo á Dios.

Sólo así seremos dignos de comer con Jesucristo la Pascua que ha deseado tanto, y nutrirnos con la sangre de su sacrificio. <sup>1</sup>

#### LA TRACION.

La última Pascua, el último convite de la amistad, tan deseado por Jesús, fué profanado, dice el Padre Tesnière, <sup>2</sup> por la presencia de un traidor.

Judas estaba á la mesa del Maestro divino, bebía en el mismo cáliz, recibía de su mano el pan ázimo y su parte del cordero consagrado, ensayándose así á una comunión sacrílega y manchando la Eucaristía figurativa, antes de profanar la verdadera.

Espectáculo doloroso para Jesucristo.

Intentó, desde este momento, enternecer á este ingrato, mostrándole que lo conocía y haciéndole comprender que si lo tenía á su lado, sin denunciarlo, era por un efecto de infinita misericordia.

<sup>1</sup> Bossuet. Medit. sobre el Evang.

<sup>2</sup> Predicación Eucarística.

Hizo, entonces, la primera revelación de ingratitud tan amarga.

“Estando ya comiendo, dice el Evangelio,<sup>1</sup> así se expresó Jesús: En verdad os digo que uno de vosotros me hará traición. Y ellos afligidos sobremanera, empezaron cada uno de por sí á preguntar: Señor, ¿soy acaso? Y él en respuesta dijo: El que mete conmigo su mano en el plato, ese es el traidor. En cuanto al Hijo del hombre, él se marcha conforme está escrito de El; pero ¡ay de aquel hombre por quien el Hijo del hombre será entregado: mejor le fuera al tal si no hubiese jamás nacido!”

¡Qué caridad, qué ternura las de Jesucristo!

Revela el crimen; pero no da el nombre de quien intenta cometerlo.

Lo hace así, dice San Jerónimo, para cuidar la fama de Judas; para que, contra éste, no se levantaran los apóstoles; para que el pecador, ante suavidad tan dulce, ante amor tan generoso, volviera sobre sí y detestara su culpa.

“Muestra, dice San León,<sup>2</sup> que le es conocida la conciencia del traidor; pero sin confundir al

<sup>1</sup> Math. XXVI. 21-22-23-24.

<sup>2</sup> Ser. VII de Passione.

impío, con aspera, con abierta increpación: lo convence con tácita y blanda advertencia, para que arrepentido se corrija.”

“La clemencia, agrega el Santo Pontífice, lo invita, la salvación llama á las puertas de su alma con voz apacible; el que es la vida dulcemente lo atrae, para que vuelva á la vida.”

Más bien que expresar, se puede sentir cuánta sería la turbación de los apóstoles fieles al escuchar esta indefinida palabra del Maestro Divino: “Uno de vosotros me hará traición.”

A cada uno de ellos daba testimonio su conciencia, de que tenían pensamientos distintos al de cometer el espantoso crimen de traicionar al que era su vida, su consuelo y su fortaleza.

Conocían, sin embargo, su natural debilidad y ante la afirmación categórica del Salvador, sus dudas quedaban justificadas, por el temor que engendra siempre en el alma del justo el conocimiento de su frágil naturaleza, de la pequeñez casi irremediable de sus fuerzas para obrar el bien.

Con razón cada uno de ellos pregunta: ¿Señor, soy acaso yo el que os hará traición?

No obstante esta interrogación, el Señor no descubre al criminal.

“El que mete conmigo su mano en el plato, dijo Jesucristo, ese es el traidor.”

- Esta circunstancia no designaba al culpable.

Todos llevaban su mano al plato del Salvador según su necesidad y según el rito de la comida Pascual.

Judas, como los otros apóstoles, no por un sentimiento de humildad, sino temiendo que su silencio lo descubriera, dijo á su vez: ¿Soy quizá yo, Maestro?

Jesús le respondió: Tú lo has dicho: *Tu dixisti.*

Esta palabra, según enseñan los intérpretes, no fué percibida por los demás apóstoles.

“Es de suponerse, dice el anotador de las divinas Escrituras, que el Señor le respondió sin que los otros discípulos percibiesen lo que le decía.”

Cristo, dice el Padre Cornelio á Lapide, no dijo claramente, tú eres, sino en voz baja, tú lo has dicho.

Y es que el Señor no quiere la muerte del pecador: quiere su conversión, quiere su vida.

Judas no escucha tan dulce llamamiento: en su corazón endurecido germina y vive el negro sentimiento de traicionar á su Maestro.

Jesús no se cansa, sin embargo.

Se postra á los piés de todos sus discípulos, ejecutando así un acto de humildad omnipotente.

Pónese á lavar los piés de sus Apóstoles, y cuando Simón Pedro, oyendo la amenaza del Salvador, dice á éste que lave no sólo sus piés, sino también sus manos y su cabeza, Jesús responde: “El que acaba de lavarse, no necesita lavarse más que los piés, estando como está limpio todo lo demás.”

“Y en cuanto á vosotros, agregó, haciendo conocer lo que preocupaba á su espíritu la conducta de Judas, limpios estáis, bien que no todos.”

Esta nueva palabra debió repercutir en el corazón del ingrato discípulo: *bien que no todos.*

Era otro llamamiento, dulce y amoroso, del corazón de Jesucristo.

Después que el Señor hubo lavado los piés á sus discípulos, púsose de nuevo á la mesa.

El apóstol Juan, recostándose más sobre el pecho de Jesús, con motivo de las revelaciones que éste acababa de hacer, le dijo: “Señor, ¿quién es de nosotros el que te hará traición?”

“Es aquel, respondió Jesús, á quien yo le daré pan mojado.” “Y habiendo mojado un pedazo de pan se lo dió á Judas, hijo de Simón Iscariote.”

Y después que tomó éste el bocado, se apode-

ró de él Satanás. Y Jesús le dijo: "Lo que piensas hacer, hazlo cuanto antes."

"Pero ninguno de los que estaban á la mesa, agrega el texto sagrado,<sup>1</sup> entendi6 á qué fin se lo dijo."

Al mismo paso que el Señor, lleno de benignidad, daba á entender á Judas la enormidad de su delito, para que volviera sobre sí y se arrepintiese de él, se explicaba en términos que los otros ap6stoles no lo entendiesen, por conservarle la honra y por excusarle la vergüenza y confusi6n de verse descubierto y desacreditado entre sus compaÑeros.

Y el ingrato disc6pulo desoye, por segunda vez, la voz amorosa de quien ardientemente desea redimirlo.

Llega el momento supremo: Jesús obra el mäs dulce y el mäs grande de sus prodigios.

Convierte el pan en su cuerpo, el vino en su sangre; da el cuerpo y la sangre á sus disc6pulos, y con acento de la mäs honda tristeza dice: "Con todo, he aquí que la mano del que me hace traici6n, estä conmigo en la mesa."

<sup>1</sup> San Juan, XIII.—26.

Jesús conocía los designios tenebrosos de Judas, y sin embargo, no le prohíbe que tome parte en el celestial convite.

Lo ha profanado, recibiendo en su pecho al que había decidido entregarlo á la muerte.

El amor de Jesús no se cansa.

Como exhalando una queja, un suspiro lleno de ternura, dice: "No obstante el testimonio de amor infinito que acabo de ofreceros, no obstante que al daros mi cuerpo y mi sangre os he hecho dioses, *dii estis*, é hijos del Altísimo á todos, *et filii Excelsi omnes*, con todo, la mano del que me hace traici6n estä conmigo en la mesa."

Tres veces anunci6 el Salvador la traici6n del ingrato disc6pulo, y tres veces lo invita al arrepentimiento, al dolor y á la penitencia.

Lo llama al principio de la cena; lo llama al lavar los piés á sus ap6stoles; lo llama, en fin, después que instituye la Eucaristía.

Así lo enseña, conciliando los textos evangélicos, el sabio Pontífice Benedicto XIV.

Y los Padres é intérpretes de la Escritura afirman que esta triple predici6n, que este triple llamamiento de Jesucristo á su ingrato disc6pulo, tenía por objeto afirmar en los ap6stoles la idea

de que la muerte de Jesucristo era un sacrificio voluntario y dar tiempo al traidor para que se arrepintiese de su pecado.

Judas permanece sordo: no escucha la dulce voz de su Maestro: continúa en su proyecto de odio sin nombre.

El Salvador, por su parte, continúa en sus designios de amor.

Lucha espantosa por parte de Judas; sublime por parte de Jesucristo.

Unos instantes más: un prodigio de humildad debe preceder todavía al más grande milagro del amor de un Dios.

#### JESÚS LAVA LOS PIÉS DE SUS DISCÍPULOS.

La cena legal y sagrada en que no era permitido comer más que el cordero y algunas yerbas amargas, con panes ázimos, fué seguida, según la costumbre, de otra comida común más abundante y mejor preparada.

Se sirvieron en ella las viandas que acostumbraban comer los judíos, en la fiesta de Pascua.

Como en ese día y durante la octava, se bendecían esas viandas, llevaban el nombre, lo mismo que la carne del cordero, de Pascua ó viandas pascuales.

En estas fiestas, generalmente se reunían se sentaban en la mesa los miembros de una misma familia, después de separaciones más ó menos largas.

Esto hacía que esa comida común se prolongara bastante tiempo, que los convidados consumían en parte en conversaciones íntimas y que concluyese, según observa el Dr. Sepp, hasta que la copa hubiese hecho cuatro veces la vuelta entre todos los convidados.

Al finalizar esta cena, de la que habían participado los Apóstoles, es cuando el Maestro divino va á instituir el más augusto de los sacramentos, es cuando va á dejar, sus discípulos y á todos los hombres, bajo los accidentes de pan y de vino, el don más grande que puede encontrar en sus inagotables tesoros: su cuerpo adorable y su sangre preciosa.

Pero antes todavía quiere preparar los corazones, las almas de sus discípulos, por un acto verdaderamente admirable.

Era costumbre entre los judíos lavarse las manos y purificarse, con cuidado exquisito, para comer el cordero figurativo.

Por eso el Salvador, cumpliendo la profecía y realizando la figura, va á lavar los piés á sus Apóstoles, mostrando así el celo con que deben purificarse, hasta de las más leves imperfecciones, los que deseen participar del cordero divino.

“Es opinión común, dice el sabio pontífice Benedicto XIV, <sup>1</sup> que Jesucristo lavó los piés de los Apóstoles, terminada la cena legal, y que éste es el sentido de aquellas palabras: *Et cena facta.*”

“Es decir, agrega el ilustre Papa, terminada la cena legal y terminada también la comida que seguía; pero antes de la institución del sacramento divino.”

“Entonces, dice San Juan, sabiendo Jesús que era llegada la hora de su tránsito desde este mundo al Padre: como hubiere amado á los suyos, que vivían en el mundo, los amó hasta el fin. Y acabada la cena, cuando ya el diablo había sugerido en el corazón de Judas, hijo de Simón Iscariote, el designio de entregarle: Jesús, que sabía que el

<sup>1</sup> Cap. CLX.

Padre le había puesto todas las cosas en sus manos, y que como era venido de Dios á Dios volvía: levántase de la mesa, y quítase sus vestidos, y habiendo tomado una toalla se la ciñe. Echa después agua en un lebrillo, y pónese á lavar los piés de los discípulos, y á limpiarlos con la toalla que se había ceñido.” <sup>1</sup>

He aquí la preparación inmediata del gran misterio, que está á punto de realizar el Redentor de la humanidad pecadora.

Va á humillarse, hasta hacerse el alimento del hombre.

Comienza por humillarse, hasta hacerse su esclavo.

Los apóstoles quedan á la mesa y Jesús se levanta como el sirviente y el esclavo: mientras ellos conservan sus túnicas y sus mantos, Jesús se quita sus vestidos y no conserva más que la túnica que usaban los que servían una mesa: se ciñe una toalla, tomando así un nuevo atributo que distingue á los esclavos de servicio.

Y se hace resaltar más este acto de humildad divina, fijando la atención en las circunstancias

<sup>1</sup> Joan. XIII-1 á 5.

que detalla el texto evangélico y que á primera vista carecen de importancia.

Nadie sirve al Maestro adorado en esta ocasión: él sólo se despoja de sus vestidos, él sólo se ciñe la toalla, él solo vierte agua en el lebrillo, y con sus manos, que son las manos de un Dios, lava y enjuga los piés de humildes pescadores.

No se conforma con lavarlos: los enjuga y los besa con sus labios, humildemente.

Así se infiere, al menos, de las enseñanzas de San Ambrosio, quien afirma que esta costumbre ya existía en Milán, cuando él gobernaba aquella Iglesia, y que tal costumbre venía de San Pedro y de Jesucristo mismo. <sup>1</sup>

“Oh Cristo Salvador, exclama San Agustín, nombraros, es nombrar la humildad.”

Viene Jesús á Simón y se prosterna á sus piés, á fin de comenzar este humilde ministerio, por aquél á quien había puesto á la Cabeza del Colegio Apostólico: *Ut a Petro*, dice el padre Cornelio á Lapide <sup>2</sup> *quasi a capite et primato Apostolorum, lotionem inciperet.*

Pedro, confuso y sorprendido, dice: “Señor tú

<sup>1</sup> Cornel in Joan XIII.

<sup>2</sup> Loc. cit.

lavarne á mí los piés? *tú* que eres el Rey de los Reyes y el Señor de los que dominan; á *mi*, que soy un pobre pescador y un vil gusanillo de la tierra, *has de lavar*, con tus manos benditas y omnipotentes, mis piés inmundos y pecadores?”

“Lo que yo hago, respondió Jesús, tú no lo entiendes ahora, lo entenderás después.”

Es decir, el misterio que está oculto, bajo este abatimiento, bajo esta humillación, no lo comprendes ahora, te será revelado dentro de poco: entonces comprenderás la pureza que se necesita para aproximarse al sacramento virginal de mi cuerpo y de mi sangre.

Pedro, lleno de humildad profunda, se obstina; Jesús le amenaza, con separarse de él, y entonces Pedro, conmovido, exclama: “Señor, no solamente mis piés, sino las manos también y la cabeza.”

Jesús responde: “el que acaba de lavarse no necesita lavarse más que los piés. Vosotros, limpios estáis, bien que no todos.”

Y diciendo estas palabras, que se referían á Judas, vino á él, se arrodilla ante el traidor, lava aquellos piés que ya iban á correr en busca de cadenas para un maestro tan bueno, los enjuga y los besa.



¡Con qué dulzura miraría Jesús al ingrato discípulo! ¡Con qué efusión besaría sus piés! ¡Cómo habría querido arrancarlo, á cualquier precio, del abismo en que iba á precipitarse!

¡Jesús á los piés de Judas!

El ingrato discípulo resiste, más duro que la roca, á los llamamientos de un corazón amoroso.

Jesús tiene ternuras incomprensibles, aun para las almas más endurecidas.

Mientras el ángel del mal no las hunde en el abismo en que no penetra el amor, Jesús las busca, las persigue, se agota por redimirlas.

Después de este ejemplo maravilloso de humildad, brota de los labios de Jesús la explicación luminosa de ese misterio.

“¿Comprenderéis, dijo á sus discípulos, lo que acabo de hacer con vosotros? Vosotros me llamáis Maestro y Señor: y decís bien: porque lo soy.”

“Pues si yo, que soy el Maestro y el Señor, os he lavado los piés: debéis también vosotros lavaros los piés uno á otro; debéis estar dispuestos para hacer con vuestros hermanos los oficios más humildes, con el fin de ganarlos para el cielo.”

“Ejemplo os he dado, para que pensando lo que yo he hecho con vosotros, así lo hagáis también.”

“En verdad, en verdad, os digo, que no es el siervo más que su amo: ni tampoco el enviado mayor que aquel que le envió.”

“Si comprendéis estas cosas, añadió Jesucristo, seréis bienaventurados con tal que las practiquéis.”

“No lo digo por todos vosotros: yo conozco á los que tengo escogidos; mas ha de cumplirse la Escritura: uno que come el pan conmigo, levantará contra mí su calcañar.”

“Os lo digo desde ahora, antes que suceda, para que cuando sucediere me reconozcáis por lo que soy.”

Los apóstoles quedan preparados: al lavar sus piés, Jesucristo no sólo quita el polvo que en ellos había, sino que purifica las almas de sus discípulos, hasta de las ligeras manchas que en ellas pudieran descubrirse.

La humildad de Jesucristo los ha enternecido profundamente, y se puede decir que mientras el Señor lavaba sus piés, recibían sus almas un baño celestial de pureza y de amor.

Que una pureza soberana, que una humildad profunda, sean las disposiciones de nuestras almas al acercarse al convite eucarístico.

Jesús va á instituir ya la Eucaristía.

Ha llegado la hora fijada, desde la eternidad, para este prodigio de amor. Los ardientes deseos de la vida toda de Jesucristo van á realizarse: el grano sembrado en la Encarnación inclina su espiga madura: el corazón de Jesús va á agotarse en el esfuerzo de su amor infinito.

#### LA SANTA CENA.

Durante la cena, *cœnantibus autem eis*,<sup>1</sup> después que había terminado la cena, *postquam cœnatum est*,<sup>2</sup> cuando todavía estaban comiendo, *manducantibus illis*,<sup>3</sup> tomó Jesús el pan, dió gracias, lo bendijo, lo partió y lo dió á sus discípulos, diciendo: "Tomad y comed: este es mi cuerpo, que por vosotros será entregado: haced esto en memoria mía."

Y después, sin ninguna interrupción, tomando el cáliz, después de haber cenado, dió gracias y lo dió á sus discípulos, diciendo: "Bebed todos: esta

1 San Mateo.  
2 San Pablo.  
3 San Marcos.

es mi sangre, la sangre de la nueva alianza, que será derramada por muchos en remisión de sus pecados: haced esto, cuantas veces lo bebiéreis, en memoria mía."

He aquí el texto de la Institución, formado con las palabras de los evangelistas y con las que ha conservado San Pablo.

Las palabras "durante la cena" y estas otras, "cuando aun estaban comiendo todavía," significan la vuelta de Cristo á la mesa, después que había lavado los piés á sus discípulos, en cuyo momento el Señor tomó todavía algún manjar.

Las palabras "terminada la cena," de que se valen San Lucas y San Pablo, significan que había concluido la cena legal y la cena común.

Tal es, al menos, la enseñanza del sabio Pontífice Benedicto XIV.<sup>1</sup>

De manera que la Institución de la Eucaristía se verificó al fin de la cena legal, al fin de la común y después que el Salvador lavó los piés á sus discípulos. "*Christus*, dice el Padre Cornelio á Lápide,<sup>2</sup> *postquam cœnavit cœnam mysticam agni pascalis, et deinde communem aliorum ci-*

1 Capítulo 160.  
2 Ad Corint., ca XI.

*borum tunc demum tertiam cœnam Eucharisticam instituit."*

Y no hay oposición entre la situación que denuncian las palabras de San Mateo y San Marcos, y la que revelan las de San Pablo y San Lucas.

Los primeros dicen que la Institución se realizó durante la cena, *cœnantibus illis*.

Bien pudieron usar de esta frase San Mateo y San Marcos, porque el Salvador hizo la institución, cuando todavía los Apóstoles estaban sentados á la mesa y cuando en ésta aparecían aún las viandas que allí se sirvieron; *dum adhuc mensæ epulis stratae accumberent*, dice el Padre Cornelio á Lápide, *ideoque Matheus ait "cœnantibus."*

Pero no puede ponerse en duda, según la opinión común, que la institución se realizó terminada la cena legal, concluida la cena común, que por costumbre seguía después de aquella.

La Iglesia así le proclama.

En la fiesta del Corpus hace escuchar á sus hijos, entre otras estrofas inspiradas y bellísimas, esta del Doctor Angélico:

*Post agnam typicum, expletis epulis,  
Corpus Dominicum datum discipulis.*

Estos datos han servido á los intérpretes de las

divinas Escrituras, para fijar casi con precisión la hora en que Jesús instituyó el sacramento dulcísimo de su amor.

En esa época, la noche comenzaba como á las siete y ese era el momento en que según el rito judío, debía comenzar la cena del cordero.

En hacer esta cena, en concluir la segunda que inmediatamente seguía y en lavar los piés á los Apóstoles, no es irracional suponer, dicen los intérpretes, que se consumiera hora y media.

Cuando Judas salió del cenáculo, que fué después que recibió la divina Eucaristía, *ya era de noche*, dice San Juan.

Así es que, á las ocho y media de la noche fué cuando Jesucristo dejó caer de sus labios divinos aquellas omnipotentes palabras que obraron la transformación maravillosa del pan y del vino, en su cuerpo y en su sangre. ¡Oh palabras sublimes: ellas son nuestra gloria, nuestro gozo, la prenda de nuestra redención completa.

"Qué sencillez en esas frases, dice Bossuet, qué precisión, qué fuerza; pero al mismo tiempo qué autoridad y que poder."

*Este es mi cuerpo*, y es el cuerpo de Cristo; *esta es mi sangre*, y es la sangre del Redentor.